

**ISABEL PÉREZ-VILLANUEVA
TOVAR.**

PROFESORA TITULAR DE
HISTORIA DEL PENSAMIENTO Y
DE LOS MOVIMIENTOS
POLÍTICOS Y SOCIALES DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA EN LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE
EDUCACIÓN A DISTANCIA,

El reformismo educativo de Francisco Giner de los Ríos

Este artículo analiza algunas de las claves más importantes del proyecto educativo de Francisco Giner de los Ríos y dos de sus prácticas más innovadoras, como el excursionismo y el deporte. Y aborda la forma en que se difunde el reformismo educativo de la Institución Libre de Enseñanza gracias al propio prestigio de Giner y a diversas iniciativas, entre las que destaca la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que facilitó su sistemática penetración en la instrucción pública española.

Palabras clave: Francisco Giner de los Ríos, Institución Libre de Enseñanza, educación, reformismo.

This article analyses some of the most important keys of the educational project of Francisco Giner de los Ríos, and two of its most innovative practices, such as hiking and sports. It also addresses how the educational reform of the Institución Libre de Enseñanza (Free Institution of Education) is disseminated because of Giner's reputation and of various initiatives, most notably the Board for Extended Studies and Research (Junta para la ampliación de estudios e investigaciones científicas) which facilitated its systematic instruction into Spanish public education.

Key words: Francisco Giner de los Ríos, Free Institution of Education, education, reform.

No es fácil precisar con exactitud la huella que ha dejado el pensamiento y la obra de Francisco Giner de los Ríos en la educación española contemporánea, deslindándola de otras aportaciones que, a medida que ha ido pasando el tiempo, se han entremezclado con ella. Desde los años setenta, y más aún, desde la restauración de la democracia, la recuperación de la tradición institucionista, que se había mantenido viva durante el franquismo de puertas adentro en aquellos círculos familiares e intelectuales que se sentían sus herederos y en

singulares iniciativas privadas como el madrileño Colegio Estudio, se ha puesto de manifiesto en algunos de los principales debates sobre educación tenidos en este tiempo. La impronta de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza resulta especialmente clara en aquellos que se refieren a los contenidos y la metodología de la enseñanza, a la organización y al funcionamiento de los centros en que se imparte y al papel del profesor en el proceso educativo (Tiana, 2012, págs. 425- 437). Pero es la gran importancia que se atribuye a la educación –un tópico en la España actual aunque ni la administración ni la sociedad actúen en consecuencia– el elemento que remite hoy de forma más inmediata al legado gineriano e institucionista.

La autoridad de Giner fue patente en ámbitos tan diversos como el derecho, la literatura, la historia del arte, el excursionismo o la política, pero fue sin duda en el ámbito de la educación y de la ciencia donde resultó más profunda y duradera. Con razón pudo decir Américo Castro (1990: 98), en 1937, que a él se debía “la moderna educación”, y que de él derivaba “el amplio incremento científico” que había conocido España en los últimos treinta años. Giner y la Institución Libre de Enseñanza –considerada por López-Morillas (1972, pág. 52) “el acontecimiento pedagógico de mayor resonancia en la historia de la cultura moderna”– contribuyeron en gran medida a generalizar en España el interés por los asuntos pedagógicos, “la idea de que la salvación del país dependía de una reforma radical de la enseñanza en todos sus niveles, y especialmente en el elemental y secundario” (López-Morillas, 1988, pág. 52).

Los propios fundamentos filosóficos del movimiento krausista, que asumió tempranamente, llevaron a Giner al convencimiento de que la educación era la única vía posible para la reforma de la sociedad y marcaron los rasgos definitorios de su pedagogía: educación activa e individualizada, apoyada en la racionalidad y en la libertad de acción y de indagación personales sin imposiciones externas, educación integral con atención al desarrollo intelectual y corporal y entendida como un proceso gradual y total (Laporta, 1977, págs. 10-21).

Alejado de la política tras la decepción que le produjo la experiencia del sexenio democrático, receloso de la efectividad de decretos y leyes, todos los afanes de reforma alentados por Francisco Giner, todos sus esfuerzos para lograr la regeneración del individuo y de la sociedad, se apoyaron en la educación. Solo mejorando sustancialmente la educación, sería posible contar con hombres verdaderamente formados y emprender, con ellos, las necesarias reformas de la sociedad y de sus instituciones. Y es precisamente eso, esa sustancial mejora de la educación, lo que Giner –y un grupo importante de intelectuales en la misma sintonía– pretendió poner en práctica en la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876 como corporación privada, sin ninguna vinculación económica ni administrativa con la esfera oficial. La separación de sus cátedras de un grupo de profesores –y entre ellos Giner–, como consecuencia de la cuestión universitaria provocada en 1875 por el ministro Orovio, proporcionó a los fundadores de la Institución, liberales y reformistas, una prueba irrefutable de los graves peligros que podía entrañar la

intervención directa del Estado en la enseñanza y en la investigación, al coartar la libertad que consideraban imprescindible para lograr el adecuado desenvolvimiento de ambas esferas: “La Institución Libre de Enseñanza –dice el artículo 15 de sus Estatutos– es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas” (Estatutos, 1877, pág. 42).

No fue el krausismo, cuyas dimensiones doctrinales y sistémicas se mostraban ya muy debilitadas al comenzar la Restauración, la única orientación filosófica e intelectual que recibió la Institución, y la impronta positivista se hizo presente en el centro, que nombró a Darwin profesor honorario. Giner manifiesta con claridad, al frente de la Institución Libre de Enseñanza, que le interesan más las “actitudes” que las “doctrinas”, y que ha convertido el krausismo, lejos de su caracterización inicial como filosofía especulativa, en un “racionalismo pragmático”, que constituye, según López-Morillas (1988, págs. 10-11), el “núcleo central” de toda su labor. La de Giner “es –en palabras de Adolfo Posada (1981, pág. 100)– una filosofía de la *conducta*, o sea, una *ética* y una *estética*: es una filosofía de principios, no de abstracciones, de principios que han de vivirse”.

Había que “formar hombres”, decía Giner (1922b, pág. 92), y no era posible confiar para lograrlo en la enseñanza vigente en aquella época. Entonces se enseñaban muchas cosas “menos a pensar ni a vivir”. Era la de aquellos años una enseñanza “principal, casi exclusivamente pasiva, asimilativa, instructiva”, y se apoyaba en el procedimiento que Giner llamó “de *estampación*”, en hacer repetir mecánicamente al estudiante, aun a costa de “anular en él la inteligencia”, unas cuantas nociones más o menos inexactas. Era, en suma, una enseñanza que Giner consideraba desorientada y perniciosa, de la que solo cabía esperar “hombres *medio instruidos*, pero no *educados*”, y necesitaba, por tanto, de una “urgente reforma” (Giner, 1922c, págs. 4-7). Frente a esta situación, buscando otro tipo de enseñanza, una enseñanza auténticamente educadora, se organizó la Institución Libre de Enseñanza. Aunque inicialmente se pensó en hacer de la Institución un centro universitario, la Institución dirigió pronto su actividad hacia la primera y segunda enseñanza. La renovación educativa promovida por Giner y los demás colaboradores de la Institución se centró en esos escalones, prestando además especial atención al primero de ellos, y procuró incorporar las orientaciones pedagógicas más avanzadas de la Europa de su tiempo. Su labor tuvo en este terreno de la enseñanza, lo mismo que en algunos otros, un marcado carácter modernizador.

El propio Giner expuso con claridad las líneas maestras de la propuesta educativa de la Institución. Había que huir, ante todo, de la “concepción intelectualista” de la enseñanza de entonces, “que atiende –escribe– a la inteligencia del alumno tan solo, no a la integridad de su naturaleza, ni a despertar las energías radicales de su ser, ni a dirigir la

formación de sus sentimientos, de su voluntad, de su ideal, de sus aspiraciones, de su moralidad y su carácter” (Giner, 1922b, págs. 27-28). Todos estos aspectos, desatendidos por el intelectualismo de la enseñanza española de aquellos años, son los que quiere tener en cuenta la Institución: “No cabe promover el desarrollo de la inteligencia –advirtió también Giner (1922a, págs. 27-28)– sin el de nuestras restantes facultades”.

La Institución quería transformar la enseñanza de su tiempo, dirigida solo a la instrucción, “haciéndola por completo educadora (no meramente instructiva)” (Institución Libre de Enseñanza, 1879, pág. 1). Más que “enseñar e instruir”, había que “educar”, y Giner era consciente de que, para lograrlo, era necesario “atender, tanto por lo menos como a la inteligencia de sus alumnos, a sus sentimientos y a sus acciones”, era preciso “cuidarse de los más mínimos pormenores de su conducta para enseñarles a vivir, no meramente a pensar y estudiar” (Institución Libre de Enseñanza, 1881, pág. 2). Y, en relación con esas pretensiones educativas, apoyó toda su enseñanza en el llamado “método intuitivo”, que procura, lejos de la repetición mecánica de nociones que criticó Giner, poner al alumno en contacto directo con la realidad que le rodea, hacer de la observación inmediata del mundo exterior el fundamento del aprendizaje. Apoyado en la “observación sensible”, el método intuitivo “exige del discípulo –escribe Giner– que piense y reflexione por sí, en la medida de sus fuerzas, sin economizarlas con imprudente ahorro; que investigue, que arguya, que cuestione, que intente, que dude, que despliegue las alas de su espíritu, en fin, y se rinda a la conciencia de su personalidad racional”. El método intuitivo es, añade Giner, un método “realista”, que sustituye “la abstracción” por “la realidad”, un método “de propia vista y certeza”. Fue el método de Sócrates y, después, ya en “los tiempos modernos”, el método de Rousseau, Pestalozzi y Froebel. Es, en suma, el método educativo por excelencia, “el único autorizado –dice Giner– en todo linaje de enseñanzas”, el método que mejor responde a “la idea de que la educación, no la mera instrucción, ha de ser siempre el fin de la enseñanza” (Giner, 1922a, págs. 24-25).

Dentro de esa orientación pedagógica apoyada en el método intuitivo, las excursiones adquirieron en la Institución un gran desarrollo y una especial importancia, hasta el punto de llegar a ser uno de los componentes más característicos –un “símbolo”, dijo Yvonne Turin (1967, pág. 204)– de todo su planteamiento educativo. Giner vio en ellas un medio particularmente adecuado para poner en práctica el método intuitivo, para hacer de la excursión “no una ilustración *posterior* de la enseñanza, sino la base sobre que se construye toda entera”, para convertir “la inspección directa, personal e inmediata del objeto” en el fundamento de “las lecciones de clase” (Giner, 1927a, pág. 33).

Las excursiones contribuían a apoyar la enseñanza en la visión directa de las cosas, y ayudaban además a lograr la educación integradora que buscaban Giner y la Institución Libre de Enseñanza. “Elemento esencial del proceso intuitivo”, ofrecían, según Manuel Bartolomé Cossío (1929, pág. 22), “los medios más propicios, los más seguros resortes para que el alumno pueda educarse en todas las esferas de su vida”. No solo es la inteligencia lo que en ellas se cultiva, sino también muchos otros aspectos igualmente

importantes desde el punto de vista educativo: el “horizonte espiritual”, el sentimiento de la naturaleza, del arte y de la patria, “la serenidad de espíritu, la libertad de maneras, la riqueza de recursos, el dominio de sí mismo, el vigor físico y moral”.

Junto a su importancia educativa, hay que tener además en cuenta que las excursiones de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza contribuyeron en no pequeña medida a lograr un mejor conocimiento y una mejor valoración, con criterio moderno, del patrimonio natural y artístico español. La práctica excursionista permitió a Giner acercarse a algunas obras de arte y llamar la atención sobre su interés y su valor, de la misma manera que le permitió acercarse al paisaje natural y verlo con ojos modernos, incorporando las claves del paisajismo geográfico europeo de su tiempo (Ortega Cantero, 2001, págs. 61-106).

El deporte, “igualmente saludable para el cuerpo y el espíritu, el corazón y la cabeza, con el incremento de fuerza y destreza físicas y los efectos éticos que de él se derivan”, fue otro medio, tan innovador como las excursiones, al que Giner recurrió para poner en práctica las líneas maestras de su proyecto educativo (Giner, 1927b, pág. 285). De esa actividad hacía depender el completo “desplegamiento” de las “fuerzas psicofísicas” (Giner, 1933a, pág. 211). Y veía en ella un instrumento muy útil para la formación personal del carácter y procurar al tiempo un buen estímulo de sociabilidad y de integración en la colectividad, atendiendo tanto al orden individual como al social. Con algún recelo hacia la gimnasia por suponer, a su juicio, cierta coacción y no facilitar apenas el aprendizaje de la conducta, Giner prefería el deporte en equipo y regulado por normas precisas, lo que denominaba “juegos corporales organizados” (Giner, 1933b, pág. 74): es, dice, “una admirable escuela del carácter, en que se aprende valor personal, resolución, sumisión voluntaria a la ley, sentido del derecho y la equidad” (Giner, 1927b, pág. 282).

El juego, que tiene además la ventaja de practicarse al aire libre, proporciona una ocasión privilegiada de acercamiento entre profesores y alumnos, y se configura como una representación simbólica de las relaciones sociales. Ayuda a definir y expresar la propia personalidad, a delimitar un lugar propio, una posición frente a los demás. Constituye un magnífico medio para la formación del alumno: “aprende –en palabras de Giner– a someter gustoso a las reglas del juego sus inclinaciones y disposición del momento; obedece voluntariamente a las leyes; se acostumbra a decidir sobre el derecho por propio conocimiento y sin coacción, lo cual constituye ya la mejor educación moral y la mejor escuela para el carácter” (Giner, 1927b, pág. 281).

La marcada anglofilia de Giner, presente en muchos otros elementos de su planteamiento intelectual y de su propuesta educativa, se manifiesta de forma especialmente clara en este punto al adoptar una práctica formulada y aplicada en la educación por Gran Bretaña con el objeto de forjar entre otras cosas, como allí, la personalidad. Contrario a toda forma de profesionalización en el deporte, Giner apreciaba el fútbol, cuyo primer partido en España se jugó en el jardín de la Institución en los años ochenta, introducido por el inglés Stewart H. Capper (Trend, 1934, pág. 77).

La labor desarrollada por Francisco Giner en la Institución Libre de Enseñanza durante los cerca de cuarenta años que estuvo dedicado a ella –“cuarenta años de trabajo constante”, dijo Azorín (1918, pág. 206)– fue amplia y fructífera, y tuvo un eco importante desde época temprana. El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que facilitó el conocimiento en España de muchas de las modernas orientaciones y prácticas educativas foráneas y de no pocas tendencias intelectuales del momento, constituyó el mejor vehículo de difusión del pensamiento de Giner, que publicó en él muchos de sus trabajos.

A la labor en la Institución, se añadió en 1881, tras la reposición en su cátedra, la clase de Doctorado en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, que constituyó también un foco importante de irradiación de su manera de pensar y de comportarse. Los recuerdos que algunos de sus discípulos nos han transmitido de aquella clase de Giner permiten hacerse una idea de lo que fue y de lo que significó en su momento, de su imagen como profesor y de la honda huella que dejó en quienes asistieron a ella. Era –escribió Adolfo Posada (1983, págs. 162-163)– “radicalmente distinta de todas las clases a que había asistido hasta entonces en Oviedo y en Madrid en las Facultades de Derecho y de Filosofía”. Giner daba su clase “al modo socrático”, dialogando con el discípulo, “quien así se convertía –añade Posada– en colaborador del maestro, o sea, se convertía en algo esencialmente distinto del alumno o del oyente que tiene con la cátedra y con el catedrático un enlace de matrícula o de presión coactiva del examen de fin de curso”. Hablaba, según Ramón Carande (1976, pág. 215), “con sencillez, precisión y claridad”, sin caer en el dogmatismo ni dejarse llevar por la elocuencia. “Su sentido del magisterio, su espiritualidad en el ejercicio de la enseñanza y la educación, a las que consagró su vida, ponían de manifiesto –sigue diciendo Carande– su respeto por la individualidad del alumno, y los valores de la persona”. Y Manuel Azaña (1967, pág. 816), que asistió a sus clases como oyente –“de gorra”, decía Giner–, aporta un testimonio igualmente expresivo: “Giner no me enseñó nada, si por enseñar se entiende hacerle a uno deglutir nociones fabricadas por otro. Pero el espectáculo de su razón en perpetuo ejercicio de análisis fue para mí un espectáculo nuevo, un estímulo. [...] Aquellas tardes pasadas en una salita de la Universidad maloliente, oyendo la conversación –porque conversaciones eran sus lecciones– de Giner con los discípulos, no se me olvidarán jamás”. Lo que se aprendía en la clase universitaria de Giner “era –en palabras de Leopoldo Alas (1915, pág. 254)– a estudiar, a tomar en serio las cosas, a despojarnos para siempre ante la risueña austeridad de su penetrante espíritu, de todo rastro de pedantería, frivolidad científica, grosería interior, indiferencia”.

Francisco Giner llegó a tener, en la España de su tiempo, un indudable prestigio –tan sólido, dice Altamira (1915b, pág. 218), “que lo reconocía todo el mundo, hasta los enemigos de sus ideas”–, y su influencia fue, en su momento y después, amplia e intensa. Puede que, como apuntó José Ángel Valente (1965, pág. 5), la clave de su fuerte

ascendiente fuese su “sentido de la proporción histórica”, su capacidad para proponer “un ideal históricamente proporcionado”. Influyó a través de sus clases y de sus escritos, y también a través de sus numerosas cartas y de sus continuas conversaciones: “era –escribe Altamira (1915b, pág. 218)– el consejero y padre de almas de muchos de los hombres que desde 1876 han figurado en la política, en la enseñanza, en el periodismo, en la ciencia, y el guía a que en las horas de duda, de preocupación o de trabajo, acudía una gran parte de nuestra juventud ‘intelectual’”. La suya fue en buena medida una influencia personal, apoyada, como dice también Altamira (1915a, págs. 61-62), en “su acción directa”, en “lo que dijo en conversaciones y aconsejó o sugirió en cartas”, y por eso fue a menudo, como advierte Zulueta (1915, pág. 47), “difusa, inapreciable, sutilísima”, dejándose ver incluso “en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionados con él”.

Fruto temprano de ese interés y de esa idea fue la organización, en 1882, del primer Congreso Nacional Pedagógico, siendo ministro de Fomento José Luis Albareda, quien había repuesto en sus cátedras, un año antes, a los profesores krausistas sancionados por Orovio, y Juan Facundo Riaño, muy cercano a Giner, director general de Instrucción Pública. En él se expusieron por primera vez las directrices y las intenciones de la Institución, señalando la importancia que concedía al método intuitivo y a las excursiones escolares. La reacción de los asistentes no fue precisamente favorable –el *Boletín* institucionista habló de “la hostilidad e incomprensiones generales” (Francisco Giner, 1915, pág. 37)– y el propio Giner intervino para rebatir los ataques que se habían dirigido, tras hablar Joaquín Costa, a los procedimientos de la enseñanza de la Institución Libre de Enseñanza, y, en particular, a su orientación excursionista: “¿Es posible –se dijo, por ejemplo, en el Congreso– que la *Institución* tenga por cosa fácil presentar a los niños, no las imágenes de las cosas, sino las mismas cosas, reales y verdaderas, de la naturaleza? ¿Es posible esto, señores? ¿Es posible que para dar idea de la geografía, no nos contentemos ni con los libros ni con los mapas, sino que hayamos de estar constantemente peregrinando con los niños por todas partes?” (Congreso, 1882, pág. 141).

Distintas iniciativas fueron mostrando, a lo largo de los años, cómo iban penetrando en el mundo de la enseñanza los planteamientos renovadores de Francisco Giner. Se crearon, en sitios diversos, centros escolares siguiendo las pautas de la Institución, al tiempo que iba creciendo la aplicación de sus métodos pedagógicos, y la influencia gineriana llegó hasta la universidad, donde alentó, entre otras cosas, la organización de la Extensión Universitaria, y no fue ajena a propuestas educativas como las Universidades Populares o, más tarde, las Misiones Pedagógicas, cuyo patronato, creado en 1931, presidió Cossío.

También en la esfera de la Instrucción Pública, de los planteamientos oficiales acerca de la educación y la ciencia, influyó sensiblemente el pensamiento de Giner. A esa influencia respondió, en primer lugar, la creación en Madrid, en mayo de 1882, del Museo Pedagógico de Instrucción Primaria (luego Museo Pedagógico Nacional), dependiente de la Dirección General de Instrucción Pública, “para contribuir al estudio de los problemas

modernos de la pedagogía; dar a conocer en España el movimiento pedagógico del extranjero y ayudar a la formación de los maestros” (Cossío, 1915, pág. 187). El Museo Pedagógico, dirigido por Cossío, llevó a cabo una importante labor, acorde con los puntos de vista de Giner, en pro de la reforma de la enseñanza española, atendiendo especialmente a un asunto crucial para la Institución, la adecuada formación de los profesores.

La penetración sistemática de la influencia de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza en la instrucción pública se hizo a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, un organismo creado en 1907 con inusual autonomía en el marco del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Presidida por Santiago Ramón y Cajal, Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1906, y con José Castillejo, discípulo de Giner, como secretario, la Junta contribuyó decisivamente, en sus casi treinta años de existencia, al fomento de la investigación científica española, al tiempo que actuó también, mediante diversas iniciativas, en el ámbito de la educación. Concedió numerosas pensiones para ampliar estudios en el extranjero, e impulsó la propia investigación a través de diversos organismos, como el Instituto Nacional de Ciencias, presidido por Ramón y Cajal, o el Centro de Estudios Históricos, que lo fue por Ramón Menéndez Pidal. El Centro, en el que se prolongó y amplió el interés por el estudio del patrimonio histórico, artístico y cultural español que habían impulsado antes Giner y la Institución, incluyó, entre sus diversas secciones, una, bastante efímera, de Filosofía Contemporánea, dirigida por Ortega y Gasset.

Además, con una intención más directamente educativa en el ámbito de la universidad, la Junta promovió la creación, en 1910, de la Residencia de Estudiantes, presidida por Alberto Jiménez Fraud, y luego, en 1915, dentro de ella, de la Residencia de Señoritas, cuya dirección se encomendó a María de Maeztu. En 1918, en fin, se creó, bajo la dirección de la Junta, el Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza, “con el carácter de ensayo pedagógico, a fin de experimentar nuevos métodos de educación y sistemas prácticos para la formación del personal docente” (*Un ensayo pedagógico*, 1925, pág. VII). De ese modo, con todas esas líneas de actuación, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, lo mismo que, antes, el Museo Pedagógico Nacional, proyectaba en la esfera de la Instrucción Pública el pensamiento reformista, renovador y modernizador, de Francisco Giner de los Ríos.

Al igual que la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas adoptó en su forma de proceder un hábil y prudente pragmatismo y actuó siempre, sin improvisación ni apresuramiento, de forma progresiva y a pequeña escala, contrastada con la experiencia y apoyada en personas de probada valía. Sus diferentes organismos, que funcionaban con gran independencia, se complementaban y constituían un conjunto coherente para la renovación de la educación en sus distintos grados –desde la sección primaria a la universidad– y para la intensificación y modernización científicas, mediante la formación del personal adecuado y la creación de centros de investigación apropiados.

El proyecto liberal y reformista de Francisco Giner de los Ríos, tanto en la Institución Libre de Enseñanza, que fue su realización más personal y directa, como en las diferentes iniciativas que inspiró, buscó, con su fundamento educativo, la modernización de la sociedad española, pero sin volver la espalda a las que se consideraba, desde este punto de vista, sus mejores cualidades tradicionales. La equilibrada fusión de innovación y tradición fue, sin duda, uno de los rasgos más característicos –y más originales– de las ideas y del quehacer de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza. Giner estaba empeñado en incorporar al panorama español “los progresos obtenidos por otras naciones” (Giner, 1922a, pág. 34), pero sin que ello significase ignorar o menospreciar los propios valores nacionales. En el “espíritu” de Giner, lo mismo que en el de la Institución, había “una nota de universalidad y otra nota de españolismo”, en palabras de Azorín (1967, págs. 124 y 127). “Giner y su europeísmo –añade–, aliado al amor por el paisaje de Castilla. Giner, europeo y apasionado del Guadarrama”. Siempre mostró Giner –como la Institución Libre de Enseñanza y las instituciones que inspiró– un gran interés por lo español, por todo lo que constituía el patrimonio del propio país, desde su arte, su literatura o su paisaje, hasta su folclore, su artesanía o sus costumbres. “Quizá su misma incesante relación con Europa –escribió Emilia Pardo Bazán (1915, pág. 59)– le hizo entender mejor lo castizo”.

La apertura al exterior que caracterizó la obra de Francisco Giner de los Ríos tiene siempre carácter de intercambio y una doble dirección: penetración aquí de corrientes foráneas y difusión a la vez de la cultura española en el exterior. En las coordenadas intelectuales en las que se sitúa el pensamiento gineriano, el entendimiento nacional de la realidad española lleva consigo la activa convivencia con las distintas entidades que conjuntamente componen la unidad supranacional de la humanidad, un horizonte de plenitud para Krause y sus seguidores. Y esa convivencia para ser fructífera supone la plena participación de España en las relaciones e intercambios internacionales, que entrañan beneficios indudables para todas las naciones ya que cada una de ellas aporta al conjunto una serie de valores propios. Para contribuir de la forma más responsable a ese intercambio internacional, así como para mejorar y fortalecer la conciencia de la propia personalidad, es preciso lograr un riguroso conocimiento de las claves constitutivas de cada nación, y de ahí el empeño institucionista –y de quienes siguieron su camino– por estudiar los rasgos característicos españoles.

Referencias bibliográficas

- Alas Argüelles, Leopoldo (1915). “Nuestro Don Francisco”. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 665, págs. 254-255.
- Altamira, Rafael (1915a). “Giner de los Ríos”. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. XXXIX, 659-660, págs. 59-62.

- Altamira, Rafael (1915b). "Nuestros grandes hombres. Don Francisco Giner de los Ríos". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 664, págs. 217-219.
- Azaña, Manuel (1967). *Obras completas. III*. Edición de Juan Marichal. México: Oasis.
- Azorín (1918). "Andanzas y lecturas. Las obras de Giner". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLII, 700, págs. 206-209.
- Azorín (1967). "Cossío". En *Crítica de años cercanos*. Madrid: Taurus, págs. 124-127.
- Carande, Ramón (1976). "Mis acreedores preferentes". En *Siete estudios de Historia de España*. Barcelona, etc.: Ariel, 3ª ed., 213-218.
- Castro, Américo (1990). "Francisco Giner (1839-1915)". En *De la España que aun no conocía*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, II, págs. 95-102.
- Condesa de Pardo Bazán (1915). "Don Francisco Giner". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 659-660, págs. 56-59.
- Congreso Nacional Pedagógico* (1882). Madrid: Librería de Gregorio Hernando.
- Cossío, Manuel B. (1915). *La enseñanza primaria en España*. Madrid: Museo Pedagógico Nacional.
- Cossío, Manuel B. (1929). "Principios pedagógicos de la Institución". En *De su jornada (Fragmentos)*. Madrid, págs. 18-24.
- "Estatutos de la Institución Libre de Enseñanza" (1877). *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, I, 11, pág. 42.
- "Francisco Giner de los Ríos. Datos biográficos" (1915). *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 659-660, págs. 33-40.
- Giner de los Ríos, Francisco (1922a). "El espíritu de la educación en la Institución Libre de Enseñanza". En *Estudios sobre educación (Obras completas, VII)*. Madrid, págs. 19-55.
- Giner de los Ríos, Francisco (1922b). "Enseñanza y educación". En *Estudios sobre educación (Obras completas, VII)*. Madrid, págs. 79-99.
- Giner de los Ríos, Francisco (1922c). "Instrucción y educación". En *Estudios sobre educación (Obras completas, VII)*. Madrid, págs. 3-18.
- Giner de los Ríos, Francisco (1933a). "Campos escolares". En *Educación y enseñanza (Obras Completas, XII)*. Madrid, 2ª ed., págs. 193-236.
- Giner de los Ríos, Francisco (1933b). "Los problemas de la educación física". En *Educación y enseñanza (Obras Completas, XII)*. Madrid, 2ª ed., págs. 71-76.
- Giner de los Ríos, Francisco (1927a). "Excursiones geológicas". En *Ensayos menores sobre educación y enseñanza. I (Obras Completas, XVI)*. Madrid, págs. 27-36.
- Giner de los Ríos, Francisco (1927b). "Juegos corporales". En *Ensayos menores sobre educación y enseñanza. I (Obras Completas, XVI)*. Madrid, págs. 269-306.

- Institución Libre de Enseñanza (1879). *Prospecto para el curso de 1879-80*. Madrid: Institución Libre de Enseñanza.
- Institución Libre de Enseñanza (1881). *Prospecto para el curso de 1881-82*. Madrid: Institución Libre de Enseñanza.
- Laporta, Francisco J. (1977). "Giner de los Ríos: invitación al estudio de sus ideas pedagógicas". En *Antología pedagógica de Francisco Giner de los Ríos*. Selección y estudio preliminar de Francisco J. Laporta. Madrid: Santillana, págs. 7-47.
- López-Morillas (1972). "Preludio del 98 y literatura del desastre". En *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*. Barcelona: Ariel, págs. 223-235.
- López-Morillas, Juan (1988). *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega Cantero, Nicolás (2001). *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*. Madrid: Caja Madrid y Editorial Raíces.
- Posada, Adolfo (1981). *Breve historia del krausismo español*. Oviedo: Universidad de Oviedo
- Posada, Adolfo (1983). *Fragmentos de mis memorias*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- TianaFerrer, Alejandro (2012). "La impronta de la Institución Libre de Enseñanza en la democracia española". En Moreno Luzón, J., Martínez López, F. (eds.), *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. I. Reformismo liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la política española*. Madrid: Fundación Francisco Giner de los Ríos. Acción Cultural Española, págs. 417-437.
- Trend, John B. (1934). *The Origins of Modern Spain*. Cambridge: The University Press.
- Turin, Yvonne (1967). *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902. Liberalismo y tradición*. Madrid: Aguilar.
- Un ensayo pedagógico. El Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza de Madrid (Organización, métodos, resultados)* (1925). Madrid: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.
- Valente, José Ángel (1965). "La naranja y el cosmos (En el cincuentenario de don Francisco Giner)". *Ínsula*, XX, 220, pág. 5.
- Zulueta, Luis de (1915). "Don Francisco. Lo que se lleva". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 659-660, págs. 45-48.